

Seminario Concordia
 C. Correo 5
 1655 J. L. Suárez
 Bs. As. - Arg.

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO:

	Página
El Cuerpo del Hombre y su Santificación	1
Bosquejos sobre el Antiguo Testamento	4
Un Dogma obligatorio	16
Arqueología y Nahum	24
El Segundo Concilio Vaticano	32
Sabía Vd. ?	34
Puesto de combate en la guerra fría	38
Bosquejos para Sermones	43

Publicado
 por
 La Junta
 Misionera
 de la
 Iglesia
 Evangélica
 Luterana
 Argentina

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana.

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia.

Editor: Fr. Lange.

Núm. 35

Tercer Trimestre - 1962

Año 9

EL CUERPO DEL HOMBRE Y SU SANTIFICACION

El quinto mandamiento protege el cuerpo del hombre para que no sea dañado ni por otros ni por el individuo mismo. En el 1er. artículo de nuestra fe confesamos que Dios "me ha dado cuerpo y alma, ojos, oídos y todos los miembros, la razón y todos los sentidos, y los sostiene aún".

Dios ha creado el cuerpo. Por eso el cuerpo en sí es bueno. "Tú formaste mis entrañas" (Sal. 139:13).

Con nuestro cuerpo Dios nos puso en contacto con la naturaleza de modo que somos partes de la creación visible. Nuestro cuerpo procede de otros hombres, y tiene en sí el destino de transmitir la vida a siguientes generaciones.

Dios nos hizo como seres morales, creando al hombre a su imagen. Col. 3:10 y Ef. 4:24 demuestran en qué consistía esencialmente tal imagen. De esta imagen del hombre entero, el cuerpo recibió su nobleza, teniendo parte de esta nobleza también el cuerpo. Por eso mantenemos la responsabilidad del hombre entero frente a Dios.

Con esto ya nos distinguimos de la posición que no conoce otra responsabilidad que la del hombre frente a su cuerpo. Actualmente el cuerpo humano es hecho el d'os supremo. "El cuerpo es el todo", dicen. Pero se olvida que el hombre cayó en el pecado. Desde entonces el cuerpo es envenenado como el alma. "Lo que es nacido de la carne, carne es" (Juan 3:6), y tal naturaleza corrompida transmite el pecado a otras generaciones. El pecado, la maldición, la vergüenza, la muerte, la perdición se ha comunicado también al cuerpo. La conciencia lo confirma, aunque a veces el hombre trata de acallar esa voz acusadora. Pero no puede negar totalmente que la maldición pesa también sobre el cuerpo, y este otro aspecto, esta escisión que atraviesa toda la naturaleza, no puede ser negada totalmente. Existe la vergüenza natural, la que impide al hombre descubrirse totalmente. La

reacción del primer hombre después de haber caído en el pecado, el cubrirse, demuestra que había perdido la inocencia. Descubrirse frente a los otros, no puede ser tildado como demostración de inocencia. Rendir culto al cuerpo embota la conciencia, y no es señal de cultura y mejora de la sociedad, sino de corrupción.

Si el cuerpo como el alma ha sido corrompido, ambos deben ser redimidos. ¿Por dónde comienza la santificación del cuerpo? No desde afuera, sino desde el alma que por la fe es justificada. De ninguna otra manera el cuerpo puede ser santificado. Sólo por la fe podremos obedecer a la exhortación de San Pablo: "No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias" (Rom. 6:12). Por eso es tan decisivo también en toda educación y desarrollo del cuerpo y del alma el cultivar la fe por la Palabra de Dios. Además hay medios secundarios para no "obedecer a las concupiscencias" y "huir la fornicación", como el trabajo, la moderación en la comida y bebida, ejercicios físicos, deporte, y ante todo la oración, y en la oración la Palabra de Dios como arma para apagar los dardos envenenados del maligno para que no caigamos bajo el juicio: "A los fornicarios y adúlteros —no sólo a los adúlteros— juzgará Dios."

La Palabra de Dios nos provee también del criterio sano para descubrir dónde comienza la fornicación, así que seremos capaces de "comprobar cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta". Debemos "mirar con diligencia, cómo andamos, no como necios sino como sabios" (Ef. 5:15,17), alcanzando madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal" (Hebr. 5:14). Para tener tal discernimiento necesitamos la ayuda del Espíritu, porque el mundo no dispone de tal discernimiento. A veces también los cristianos están confundidos, careciendo del correcto equilibrio.

Si por ejemplo el cuerpo es calificado el enemigo del hombre, entonces el cristiano debe protestar. Si por el otro lado se olvida que en el cuerpo de los incrédulos domina el pecado y que este pecado se adhiere también al cuerpo del cristiano tratando de obtener de nuevo su dominio, si el cuerpo es idolatrado considerándose al hombre como un bello animal, el equilibrio es perturbado. Aquellos que proclaman que el hombre puede hacer con su cuerpo lo que quiere, no reconocen ninguna restricción

que Dios les impone y no se preocupan por la advertencia dirigida a casados y no casados: "A los adúlteros y fornicarios juzgará Dios." Es correcta la afirmación: "The claim that it is necessary for the health of a young man to indulge in sex relations before marriage is a lie inspired by the devil. The foremost medical men of the country have branded this assertion as wholly false. The young man who makes this claim either is ignorant of the truth or is looking for an excuse for his sins."¹ Es muy significativo para la astucia del diablo el hecho de que consigue confundir la mente humana de modo que "los que levantan sus vestiduras para evitar las salpicaduras del pantano, los austeros, los continentes, los que se guardan íntegros a la espera de la mujer única y, por lo tanto, sagrada que harán depositaria de sus más castos amores, los realmente hombres, que han alcanzado el más alto grado de sexualidad, aunque parezca irónico y paradójicos, son considerados débiles y afeminados".² La divisa debe ser: Todo lo que en sentido estrecho tiene que ver algo con la unión carnal, fuera del matrimonio, es fornicación, y todo lo que en sentido amplio tiene que ver algo con esta unión carnal, lo que tiende a la realización de la fornicación, debe ser considerado como falta de castidad. La distinción no es siempre fácil. Por eso necesitamos la ayuda del Espíritu Santo para hacer nuestra la exhortación apostólica: "Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios" (1 Cor. 7:1).

F. L.

¹) Vital Facts of Life, a christian view of sex life, by Rev. Carl H. Narman and E. W. Marquardt, pág. 23.

²) "Educación sexual del niño y del adolescente", de Pedro N. Urcola, pág. 134.